

ción, participaba de la opinión de Thiers, que era la de casi toda Francia. A los pocos días, Emilio Ollivier, que había sido soberanamente burlado, no pudiendo disimular por más tiempo su despecho, acusó en violento discurso á los ministros de haber hecho de la carta de diez y nueve de Enero un expediente sin valor; trató á Rouher «de vice-emperador sin responsabilidad, que se opone por todos los medios á que el gobierno pase de la dictadura á la libertad», y planteó este dilema: «ó una guerra que, si no es defensiva, será nefasta para la humanidad y sin provecho para el país, ó el establecimiento difícil, pero glorioso, de un gobierno constitucional y libre». Lo que consiguió con este discurso fué hacer más ostensible el favor de que gozaba Rouher, á quien el Emperador dirigió al día siguiente, doce de Junio, una carta muy afectuosa, enviándole la placa en diamantes de la gran cruz de la Legión de honor, para indemnizarle, decía, «de los injustos ataques de que era objeto».

El primero de Abril se había abierto la nueva exposición universal, que atrajo á París multitud de soberanos. El emperador de Rusia, Alejandro II, con el canceller Gortchakof, llegó el primero de Junio, y unos días después, el rey de Prusia, Guillermo, acompañado de Bismarck. Al soberano y al ministro prusianos, Napoleón se limitó á apuntarles observaciones amistosas, á las que respondieron con protestas tranquilizadoras, pero eludiendo comprometerse por escrito. Trató luego de ganarse al Czar; mas los gritos de «¡viva Polonia!» vertidos á su paso, el atentado de que fué objeto en el bosque de Bolonia y el no haber sido condenado á muerte el autor de la criminal tentativa, que era un polaco, hicieron germinar en el corazón de Alejandro vivo resentimiento, que guardó siempre, contra Napoleón y contra Francia. Por si estos fracasos fueran poco, se recibió la terrible nueva de la ejecución del emperador Maximiliano, que habiendo sido preso por los mejicanos después del embarque de las tropas francesas, fué condenado á muerte y fusilado el diez y nueve de Junio. La infeliz Carlota se volvió loca al enterarse de su viudez. ¿Qué importaba, después de esto, que reyes y príncipes, incluso el sultán de Constantinopla, se sucediesen alrededor de Napoleón III? La popularidad del *advenedizo*, reducida ya á muy poca cosa, se desvaneció por completo con el golpe de Méjico. Él mismo lo confesó en el discurso de Lille, el veintisiete de Agosto de mil ochocientos sesenta y siete, declarando que Francia había sufrido desastres y señalando *los puntos negros que oscurecen el horizonte*.

No un punto, una negra mancha era la cuestión de Italia. Desde que el Emperador retirara sus tropas de Roma, los ultramontanos no le dejaban en paz, pidiéndole que enviase una segunda expedición. No les bastaba que, pisoteando la convención de Septiembre, dejase á soldados y oficiales franceses pasar al servicio del Papa. Cuanto más les concedía, más le pedían los insaciables obispos, que dirigían sus dardos mayormente contra Duruy, á quien no perdonaban querer multiplicar las escuelas, ilustrar al pueblo

para el discreto ejercicio del sufragio universal, y asumir para el Estado el derecho de dirigir la educación de la mujer. El proyecto de ley sobre la enseñanza primaria, discutido en mil ochocientos sesenta y siete, calificáronlo de atentatorio á la religión, porque tendía á aplicar el derecho común á los individuos de las congregaciones docentes, privilegiados por la legislación anterior. En el Senado, acusaban al gobierno de no hacer respetar la ley dominical, y dejar casi libre la propagación de una filosofía que prescindía de la teología. Llovieron sobre la alta Cámara exposiciones pidiendo que se expurgasen de las bibliotecas populares las obras de Voltaire, Rousseau, Michelet, Renan y otros ciento. Por haber salido á la defensa del libre pensamiento y de la ciencia, Sainte-Beuve se vió huésped y escarnecido por el Senado casi en masa, y la Escuela normal superior, que elogiara su valor, fué disuelta por voluntad de la Emperatriz, cada día más fanatizada y más influyente sobre su marido, á medida que éste bajaba en energía física y moral.

Esta actitud del clero francés era reflejo de la que mantenía la corte de Roma, que cada vez se mostraba más intransigente. En Junio de mil ochocientos sesenta y siete, Pío IX, á pretexto de festejar el centenario de San Pedro, reunía en torno suyo cuatrocientos cincuenta obispos, á quienes hacía aplaudir furiosamente la doctrina del *Syllabus* y hablaba ya de convocar un concilio ecuménico, para erigir en dogma no sólo aquella singular política, sino el principio de la infalibilidad del Papa. Para desagrarle, el gobierno francés le tributaba todo género de consideraciones, hasta la de consentir que se formase, con oficiales y soldados franceses, la legión de Antibes, así llamada por haberse organizado en esta ciudad, y á la que pasó revista en Roma y alentó con discursos un general francés en activo servicio. Esta pública infracción del convenio de Septiembre no pudo tolerarla el gobierno de Víctor Manuel, que no cesó de protestar hasta obtener de Napoleón III la promesa de no dejar entrar en la legión un solo militar francés. Mas la cuestión iba á tomar proporciones alarmantes. En los primeros días de Septiembre, el incansable guerrillero Garibaldi se fué á Ginebra, á presidir el «Congreso de la Paz». A su paso, las poblaciones italianas corrían á ver y saludar al gran representante de la unidad italiana. «Estad dispuestos, les gritaba, á curaros del vómito negro; muerte á la raza negra». En Suiza no empleó lenguaje menos expresivo. «Vosotros habéis dado los primeros golpes al monstruo, decía á los ginebreses. Italia marcha retrasada, expía tres siglos de esclavitud, que vosotros no habéis conocido. Nosotros tenemos el deber de ir á Roma, é iremos muy pronto». Semejantes palabras afectaron tanto más á la corte de las Tullerías, cuanto que los aplausos que arrancaban hallaban eco en otro congreso que la Asociación internacional de trabajadores celebraba por el mismo tiempo en Lausanne, y donde se echaron los grandes cimientos del socialismo cosmopolita. De temer era que Garibaldi pudiese prender fuego á Europa, ó, cuando menos, á Francia. Por ello, á su vuelta á Italia, el gabinete de París exigió que se le sujetase, y Rattazzi, habituado á



ceder, le hizo detener y llevar á la isla de Caprera, donde prometió que estaría bien guardado. Evidentemente, Rattazzi no decía verdad. A los pocos días, el veintiocho de Septiembre, las tropas garibaldinas penetraban en el suelo pontificio por todas partes, y aunque por falta de disciplina y de cohesión sufrieran algunos fracasos, no cesaban de crecer y de seguir avanzando. A las reclamaciones del gobierno francés, el jefe del gabinete italiano, Rattazzi, respondía protestando de su inocencia y lealtad, y proponiéndole que los ejércitos francés é italiano ocupasen el Estado pontificio, para restablecer el orden y someter enseguida la cuestión romana á un congreso europeo. Mas esta solución no satisfizo al partido ultramontano ni á la Emperatriz, que no paró hasta arrancar al Emperador la orden de preparar una nueva expedición á Italia. El diez y siete de Octubre, el marqués de Moustier dirigió al gabinete de Florencia un *ultimatum*, que dió por resultado la dimisión de Rattazzi y darse á Zialdini el encargo de formar ministerio. En estos instantes, Garibaldi se evadía de Caprera; el veintidós de Octubre, reaparecía en Toscana lanzando proclamas y llamando á sus partidarios; públicamente se paseaba por Florencia; marchaba luego, en tren especial, aclamado por la muchedumbre, á juntarse con sus tropas; el veinticinco entraba en los dominios pontificios, y al día siguiente se hallaba en vista de Roma. Napoleón III no vaciló: dió orden de embarcarse á las tropas que tenía reunidas en Tolón, las cuales llegaron á Civita-Vecchia el veintiocho de Octubre, y sus avanzadas entraron el treinta en Roma. Reinaba en Italia extraordinaria efervescencia. Zialdini, desalentado, renunció á formar gabinete, y llamado el general Menabrea, constituyó uno á toda prisa, y dispuso, para satisfacer en parte á la opinión dominante, que unos cuantos regimientos italianos penetrasen en el territorio pontificio. El tres de Noviembre de mil ochocientos sesenta y siete, las tropas del Papa chocaron en Mentana contra los garibaldinos, y casi vencidas, salváronlas los franceses, infligiendo al jefe de las *camisas rojas* un descalabro decisivo. Antonelli pedía que los franceses se revolviessen entonces contra las tropas de Víctor Manuel, á lo que se negó el jefe de la expedición francesa. Para evitar conflicto semejante, Menabrea se condujo con gran corrección, ordenando á sus tropas evacuar los puntos que habían ocupado en el territorio de la iglesia y mandando prender de veras á Garibaldi, cuyas partidas se dispersaron inmediatamente.

La victoria de Mentana hundió á Napoleón III en una sima sin salida. Si prolongaba la ocupación de Roma, se quejaría Italia; si la evacuaba, se le echaría encima el partido clerical. Para salir del paso, se le ocurrió invocar el arbitraje de Europa, invitando al efecto, en el mes de Noviembre, á las grandes potencias á una conferencia, en que se resolvería definitivamente la cuestión romana. Mas ¡ah! que la sima no tenía salida. Napoleón estaba ya preso en las redes de la Iglesia. Vióse esto bien claro en la sesión del Cuerpo legislativo de cinco de Diciembre, en que se discutieron los asuntos de Italia.

En vano la oposición democrática acusó al gobierno de haber acudido al socorro del Papa; la mayoría de la Cámara, profundamente conservadora y católica, marchaba en pos de Thiers y Berryer, quienes, por lo contrario, intimaban á Napoleón III no abandonar á Roma. El antiguo ministro de Luis Felipe, con una ceguera incomprensible, acometió de nuevo contra la revolución italiana; consideró la caída del poder temporal del Papa como la mayor desgracia que pudiese sobrevenirle á Francia, y esto en términos tan patéticos, tan apasionados, que subyugó á la mayor parte de la Asamblea, no hallando Rouher otro medio de reconquistar á la mayoría que extremar la doctrina que Thiers acababa de exponer, al punto de contraer, en nombre de su soberano, este grave compromiso: «Lo declaro en nombre del gobierno francés: Italia no se apoderará de Roma. Jamás, jamás, tolerará Francia semejante violencia á su honor y al catolicismo.» Y doscientas voces repitieron frenéticamente: «No, jamás, jamás.» No se comprende ofuscación tan grande en una Asamblea. Después de lanzado semejante desafío, no había que pensar en una inteligencia amistosa entre las cortes de París y de Florencia. De la conferencia no se volvió á hablar, y la convención de Septiembre pasó á la historia. Las tropas francesas siguieron guardando al Papa, é Italia fué enemiga del pueblo cuya sangre la había emancipado.

El gobierno imperial, descalabrado á los golpes de las oposiciones de toda especie que no le dejaban punto de reposo, ya no acertaba á orientarse. No menos contrariaban su política los amigos que los enemigos. A duras penas logró que se votase el proyecto de ley militar, con el que esperaba poner á Francia en situación de luchar contra Prusia. Porfiadamente lo combatieron los republicanos, por odio al militarismo; lo votaron de mala gana los liberales del tercer partido y hasta los *mamelucos*, nombre que se daba á los imperialistas absolutos, á causa de los sacrificios que imponía á la burguesía, y la masa del pueblo lo acogió con repugnancia, por el aumento de cargas que traía consigo. Esta general oposición intimidó al gobierno, que no se atrevió á aplicar inmediatamente la nueva ley, y por ello, al estallar la guerra con Prusia, la guardia nacional móvil, que había de doblar el efectivo del ejército, apenas existía más que en el papel. Para calmar á los republicanos, Napoleón y sus ministros juzgaron prudente no aplazar por más tiempo el cumplimiento de su promesa acerca de la libertad de la prensa y el derecho de reunión. La ley sobre la prensa, promulgada el once de Mayo de mil ochocientos sesenta y ocho, si libertó á los periódicos de la autorización previa, advertencias, suspensiones, supresiones administrativas, y los sometió á los tribunales correccionales, dejó en pie las trabas fiscales y la excesiva penalidad de antes; la ley autorizando las reuniones públicas, dada el seis de Junio, conservó á la administración y á la policía la facultad de prohibirlas ó disolverlas á discreción. Concesiones tan mezquinas no satisficieron á nadie, y causaron más daño que provecho al imperio. A la sombra de la nueva ley sobre



la prensa, se fundaron multitud de periódicos, ostentando por programa la destrucción del imperio y la restauración de la república. El primero de Mayo, apareció el primer número del periódico semanal *La Linterna*, que causó efecto estupendo. Hasta entonces, el imperio no había sido atacado en lo interior sino con grandes miramientos, empleándose artificios de lenguaje, alusiones y epigramas, donde la delicadeza de la forma medio velaba la audacia del fondo; esta vez, el redactor de *La Linterna*, Enrique de Rochefort, rompiendo todos los velos y desnudando todos los ídolos, gritó en la calle lo que la vispera sólo se cuchicheaba á puertas cerradas, con el empeño de hacer al Emperador, á sus parientes y ministros no solamente odiosos, sino ridículos. La circulación del osado periódico fué inmensa. Lo que satisfacía la pasión de los unos entretenía la ligereza de los otros, y el mundo frívolo del imperio se reía de ver salpicar de lodo á sus ídolos. En vano los tribunales intentaron suprimirlo. El autor huyó á Bélgica, y *La Linterna*, introducida de contrabando, siguió circulando en Francia con el aliciente del fruto prohibido. Al mismo tiempo, se celebraban en las grandes ciudades, principalmente en París, millares de reuniones públicas, en que los socialistas y los republicanos avanzados ponían á discusión la religión, la propiedad y las instituciones imperiales. A diario se publicaban, exaltando á la clase obrera y á la juventud escolar, nuevos periódicos ú obras históricas apasionadas, como el *París en Diciembre*, de Eugenio Zenot, exposición sencilla, sin juicio ni comentario, de los hechos monstruosos que nadie había osado reunir y publicar y que nadie podía desmentir. El dos de Noviembre de mil ochocientos sesenta y ocho, día de difuntos, se celebró una gran manifestación en la tumba del representante del pueblo, Baudín, muerto el tres de Diciembre de mil ochocientos cincuenta y uno, en defensa de las leyes y de la república. Se habló alto, en prosa y en verso, contra el poder que había «asesinado á Baudín» y que seguía «aún en pie», y se gritó: ¡Viva la república! Varios periódicos abrieron una suscripción para elevar á aquel representante un monumento digno de su heroísmo, y el gobierno cometió la torpeza de procesar á sus autores. En los debates de esta causa, se reveló como orador incomparable un joven abogado, conocido hasta entonces no más que entre los estudiantes, León Gambeta, de fisonomía enérgica y original, voz dulce y fuerte, poderosa y penetrante, á quien del Norte al Mediodía saludó con entusiasmo la democracia. Lo que dijo de los hombres del dos de Diciembre, «sin talento, sin honor, cargados de deudas y de crímenes», superó á cuanto decían los libros del destierro, excepto uno solo, que era insuperable, *Los Castigos*. La república tenía ya un jefe; no le faltaba más que la ocasión de dar el último golpe al cesarismo napoleónico.

El Emperador no se forjaba ilusiones acerca de la situación. Reveló su estado de ánimo al abrir las Cámaras en mil ochocientos sesenta y nueve, diciendo con tristeza que «espíritus aventureros y subversivos trataban de perturbar la tranquilidad pública»,

por más que añadiera, con débil convencimiento, que «la nación permanecía insensible á aquella agitación ficticia, por contar con la firmeza del gobierno para mantener el orden». De lo que eran y valían los «espíritus aventureros y subversivos», dieron buen testimonio las elecciones celebradas aquel mismo año, en que los candidatos oficiales ocultaron su título tomando el de «*conservadores-liberales*», y los partidos anti-imperialistas no se coligaron, como en mil ochocientos sesenta y tres, sintiéndose cada cual bastante fuerte para conquistar cierto número de asientos. Los desesperados esfuerzos de la administración fueron neutralizados, en muchas circunscripciones, por la propaganda republicana y liberal de los periódicos, de las reuniones públicas, de las Juntas electorales y de las sociedades secretas. El partido cuyas victorias tuvieron más resonancia fué el republicano, que esta vez combatió á cara descubierta. Los elegidos por París fueron todos adversarios resueltos del imperio, *irreconciliables*, que se proclamaban tales ó que por tales eran conocidos. Del estado de la opinión parisina puede juzgarse por lo que le sucedió á Ollivier, quien, deseando salir por París, reunió en el teatro Chatelet á sus electores, los cuales ahogaron su voz á gritos y denuestos no bien trató de exponer la teoría del imperio liberal. Por dichoso pudo contarse con ser elegido por el departamento de Var. En el conjunto del país, el triunfo material fué del gobierno, aunque por pocos votos, siendo el total de los que obtuvieron sus partidarios cuatro millones seiscientos treinta y seis mil setecientos trece, y los de sus adversarios, tres millones doscientos sesenta y seis mil trescientos sesenta y seis. Estas cifras revelan los grandes progresos de la oposición desde mil ochocientos sesenta y tres. Semejante resultado era para el imperio una derrota moral, que había de desalentar profundamente á sus amigos y fortalecer á sus enemigos, ya de suyo tan audaces y poderosos. De los noventa representantes que obtuvo la oposición, unos cuarenta eran *irreductibles*, y los restantes, reductibles solamente en el caso que el Emperador restableciese con sus propias manos el régimen parlamentario que había destruído el dos de Diciembre. Napoleón III comprendió que no tenía más remedio que ceder; mas antes trató de volver á ganarse al país asustándole con el *espectro rojo*. Los periódicos bonapartistas repitieron en todos los tonos que la revolución y la anarquía llamaban á las puertas; agentes secretos excitaron á los secuaces del socialismo, que bajo su influencia adoptaba las fórmulas más extravagantes y las teorías más subversivas; y en los motines que estallaron en algunas ciudades después de las elecciones, emisarios imperiales se confabulaban con los agitadores para agravarlos y trocarlos en desórdenes imponentes, que proporcionasen al gobierno ocasión de ordenar pesquisas, detenciones, y presentarse á los ojos de Francia como salvador indispensable de la sociedad amenazada.

Pero esta táctica no dió el resultado que se esperaba, por haber sido descubierta. Cada partido persistió en su actitud. La oposición mesurada siguió dispuesta á prestar su con-